

LA FUGA DEL PENAL DE EZKABA: COMO SI NO HUBIERAN PASADO SETENTA AÑOS

La fuga de Ezkaba ha sido obviada durante muchos años. En la misma Iruñerria, muchos no conocían que este monte tan cercano a la capital había albergado uno de los penales más terribles de Europa, y mucho menos que 795 presos que allí se hallaban escaparon del fuerte-penal el 22 de mayo de 1938. Las consecuencias fueron terribles: 207 prisioneros fueron muertos cuando intentaban dejar atrás el monte Ezkaba; otros 585 fueron trasladados de vuelta a la prisión, y sólo tres llegaron a cruzar la muga y alcanzaron así la libertad. De todas maneras, aquella evasión sirvió para dejar en evidencia las condiciones insufribles que padecían los reclusos, y los que allí siguieron declaran que *«tras la fuga mejoraron un poco las comidas»*. Así lo recordaron ayer en la conmemoración ante la puerta del fuerte militar que albergó el penal. Allí se reunieron más de 100 familiares venidos desde distintos puntos de la Península, así como algunos supervivientes de aquel episodio.

Los primeros en tomar la palabra fueron los llegados desde Galicia. El concejal de Cultura de O Grove, Antón Mascato, habló del trabajo que se está llevando a cabo en su país respecto a la memoria histórica. De hecho, el «Autobús de la Memoria» que recorre estos días Nafarroa y estaba ayer presente en Ezkaba partió de la idea de los gallegos de hacer navegar por sus islas «O Barco da Memoria». Además, dieron a conocer la similitud entre el penal de Ezkaba y San Simón, en Galicia, ambas cárceles del franquismo. Ernesto Carratalá, superviviente de la fuga de Ezkaba y autor de *«Memorias de un piojo republicano»*, conoció ambas prisiones.

Tanto Carratalá como Rogelio Díaz llevan unos cuantos años asistiendo a esta conmemoración. Díaz es hijo del autor del *"himno de la fuga"*, y viene desde México. Ayer recordó la soledad en la que se vio envuelta su familia durante los años largos del franquismo, casi hasta hacerles dudar de lo contado por su padre. Y es que era imposible conseguir ningún dato sobre la cárcel de Ezkaba, y mucho menos sobre la fuga. Ayer mostró su alivio por hallarse con Félix Sierra -autor del libro sobre Ezkaba- y la asociación Txinparta, que organiza este acto. Asimismo, destacó que *«cada año somos más, nos unimos en una gran familia, y la memoria seguirá viva»*.

Abel Salvador, memoria viva

Abel Salvador sobrevivió a la fuga, y ayer acudía por primera vez a la conmemoración. A sus 92 años, y rodeado de su hija e hijos, sus nietos y nietas y biznietos, impresionó al público asistente entonando hasta cuatro canciones que recordaba de lo vivido en el penal: *«Camarada, ya se abrieron las puertas a la libertad, se acabaron las cadenas que mantenían en la esclavitud a la juventud...»*; u otra dedicada a las mujeres que acudían a las visitas: *«No venga más mujer a esta verja que sólo encierra dolor...»*.

Clara Fernández, nieta de Salvador, manifestó que *«gracias a su fuerza y vitalidad ahora estamos aquí doce, sus familiares. No han sido sólo los siete años de sufrimiento que pasó aquí, también tuvo que aguantar llegar al pueblo, donde los que quedaban eran de derechas, y tener que convivir con el que le había pegado un tiro a su hermano»*. La hija, que acompañaba a su padre en todo momento, aseguró que siempre han oído historias de lo vivido por él, y así lo corroboró la nieta: *«Es bonito escucharle hablar sobre lo que fue la República, y es duro cómo acabó todo de repente»*.

Salvador entró el 1 de enero de 1937 en el penal de Ezkaba, tras ser apresado en su pueblo, Hoyeros de Sabero, junto a otra mucha gente porque *«toda la cuenca era de izquierdas»*. Tras pasar por San Marcos, fue traído a Ezkaba. Tras la fuga, permaneció libre durante doce días, pero ya cerca de la muga lo hicieron preso. Vuelta al penal. De allí lo llevaron a Ourense, y le dieron la libertad. *«Cuando llegué aquí [en referencia a Ezkaba], nos daban lo que ellos decían que era café. Olía mal y sabía peor. Lo iba tirar cuando uno me dijo que se lo diera. A los tres días ya lo tomaba yo también»*, relató al ser preguntado por las penurias sufridas en este penal.

Escrito en el fuerte

«70 años no son una distancia, sino tan sólo el tiempo que hemos tardado otros en llegar al mismo sitio. Seguiremos luchando por abrir nuevas puertas, sin olvidar quiénes fueron los que abrieron las nuestras».